

La conciencia del bien

The conscience of good

*Johan Leuridan Huys**

Universidad de San Martín de Porres, Perú

Recibido: 02 de noviembre de 2022

Aceptado: 01 de diciembre de 2022

Resumen

El ser humano solo se preocupa por la transformación de la materia con el fin de conseguir más dinero, pero se olvida de su propia libertad y conciencia. Se elimina la pregunta por el bien. El nuevo humanismo es la construcción de la sociedad basada en la decisión personal de relaciones de amor y justicia con todos. El hábito del bien es indispensable dentro de la gran variedad de presiones antivalores en el mundo actual.

Palabras clave: conciencia, encuentro, valores, Estado, familia, educación, bien.

Abstract

Human being only cares about the transformation of matter in order to get more money, but their own forget his own freedom and conscience. The question of the good is eliminated. The new humanism is the construction of society based on the personal decision of relationships of love and justice with all. The habit of good is indispensable within the great variety of anti-value pressures in today's world.

Keywords: conscience, encounter, values, State, family, education, good.

Este es un artículo Open Access bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0



* jleuridanhuyes@yahoo.es

Una antropología catastrófica

Durante trescientos años se ha presentado al ser humano como alguien que solo piensa en adquirir, en lugar de verlo también como un ser que da. En la historia hemos conocido a Hobbes con su *homo homini lupus*, al amo y al esclavo en Hegel, la lucha de clases de Marx, el deseo de Lenin de eliminar a la mayoría de personas para iniciar una nueva humanidad con los sobrevivientes y la voluntad de poder de Nietzsche (2017). La libre elección es el fundamento de una sociedad justa, pero hoy en día el dinero tiene tanto poder que puede fijar precios para bienes que no pertenecen al mercado: títulos universitarios, riñones en países pobres, un lugar en la lista de candidatos a congresistas; logrando penetrar en el ámbito de la policía, el poder judicial, la ciencia, el arte y el deporte. Hay autoridades que promueven la corrupción.

También es necesaria una crítica de la patología de la religión. La democracia con plenos derechos humanos no es completa en los países islámicos ni en otros de Asia. En Irán el Corán reemplaza a la Constitución. Naciones como Arabia Saudí, Irán, Corea del Norte, Afganistán con los talibanes, Somalia, Libia, Pakistán, Eritrea, Sudán, Yemén, regiones de la India y de Nigeria, no permiten la presencia de otras religiones o del ateísmo. Al discrepante le espera la cárcel. En Nigeria, Kenia, Irak, etc., los islamitas persiguen y matan a los cristianos; lo mismo ocurre en algunas regiones de la India con los radicales del hinduismo. Hay doscientos millones de cristianos perseguidos en cincuenta países y son permanentes las matanzas de miles de personas al año, pero los medios de comunicación no mencionan este tema. Dentro de la Iglesia católica no se encuentra una unidad de criterio sobre la política.

Ya no hay diferencia entre el bien y el mal. Uno no vale más que el otro. Esta declaración se fundamenta en lo que el filósofo alemán Peter Sloterdijk llama antropologías catastróficas.

La tendencia asocial, esta miserable ideología que solo conoce la codicia, esta psicología barata de psicólogos y sociólogos; afirmo que todo esto ratifica una sola cosa: en el siglo XX hemos fundado una imagen falsa del ser humano. Pensamos que el ser humano

es un animal que trata de acaparar todo lo que puede. Ya no existe la idea de tomar en serio a los seres humanos en cuanto a su cualidad de donantes. (Sloterdijk, 2010, pp. 263, 264; 274, 275)

El periodista Amin Maalouf aclara que si hoy las desigualdades se mantienen alarmantes es solo por la desaparición de la brújula ética del tejido social. El individualismo hace que el ser humano sea indiferente a la amenaza ecológica, a la pobreza, y que contemple el enriquecimiento con fascinación más que con espanto; por mucho que sigan escandalizando los ingresos de los futbolistas, de los actores o de las estrellas de la canción, cuyos aviones o yates se muestran con admiración (Maalouf, 2019, p. 212). Ellos reemplazan a Buda, a Confucio, a Sócrates y a Jesús. Otros piensan que promueven la paz bombardeando a los civiles. La izquierda no tiene propuestas y habla de diversas minorías étnicas, de comunidades o de categorías, pensando en construir un nuevo proyecto sobre la base de fomentar resentimientos. Los discursos de izquierda y de derecha se ocupan de la teoría de género mientras el mundo camina hacia la recesión en la economía.

El sociólogo y ateo Ralf Dahrendorf comenta que se burlaba de los sermones de los curas en las iglesias acerca del buen comportamiento, pero que el relativismo contemporáneo lo obliga a volver a pensar en la importancia de la ética (Dahrendorf, 2006, p. 137). En este momento de dominio de la tecnología se necesita más que nunca la pregunta por el sentido de la salvación. Algunos gobiernos tratan de quitar el poder a las grandes tecnologías de comunicación, pero solo para asumir ellos el control de sus ciudadanos en este aspecto. La libertad fue una conquista, pero existe el miedo de retornar a una autoridad que no deja espacio para ejercerla. Orwell (como se citó en Gistaín, 2020) decía con sarcasmo que la humanidad tiene que elegir entre la libertad y la felicidad. No podemos permitir que la corrosión sea el fin. La posmodernidad no construye encuentros entre las personas. Su principal característica es la paranoia entre la gente. El permanente divisionismo que origina separaciones en las familias, en las amistades, en las asociaciones y en los partidos políticos es producto de una falta de conciencia personal cimentada sobre valores.

En este sentido, el teólogo Luigi Giussani (1987) sostiene:

La incertidumbre en las relaciones humanas es una de las enfermedades más terribles del mundo actual. Se realizan viajes espaciales, se construyen computadoras fuera de la imaginación y se elaboran sistemas sutilísimos de filosofía, pero no se construye al ser humano porque este radica en las relaciones éticas. (p. 33)

La dignidad de la conciencia

Hay una interdependencia entre todas las cosas, plantas, animales y personas que hace la vida posible. Existe un orden donde dependencia y causalidad se responden recíprocamente y resuelven una mutua insuficiencia o contingencia extrínseca, en una relación que es fundamento de la necesidad y el determinismo de las leyes naturales. La ciencia es la mera observación material de esta realidad. La filosofía, a diferencia de la ciencia, puede hacer la pregunta indirecta sobre la insuficiencia de todas las cosas o la insuficiencia intrínseca. La necesaria relación entre las cosas no contradice que todas ellas en su conjunto no puedan dar una explicación de su existencia. Su existencia es gratuita. Se podría llamarla una posibilidad de la existencia de Dios, pero no es la conclusión lógica de la razón, sino la explicitación de una exigencia de sentido. Es un acto de fe. Dios está en nosotros. Se cuestiona la cultura dominante del dinero para pasar a otro nivel, la conversión a una cultura de amor y valores. La existencia independiente de nuestra conciencia es un acto de confianza.

No se puede probar que Dios existe, pero tampoco se puede probar que no existe.

Los materialistas critican el dogmatismo de las iglesias, pero por reducir la explicación de todo a la infraestructura, sea de la economía o de las neuronas, asumen una estructura teológica al considerar que la naturaleza es la totalidad de la realidad. Niegan toda forma de transcendencia, pero sin darse cuenta de que ellos también son creyentes. Sus explicaciones se fundamentan asimismo en una fe, pero en la materia que no tiene mensaje. Decir «no» a Dios es encontrarse con un universo sordo e indiferente ante las esperanzas y sufrimientos de los seres humanos. La filosofía materialista

limita al ser humano a cumplir normas técnicas prescritas por las ciencias y las tecnologías, desconociendo el conocimiento práctico que orienta a cada instante las acciones del individuo de acuerdo a los valores. La política tampoco puede determinarse a partir de las ciencias exactas.

El filósofo francés Luc Ferry indica que el materialismo es aceptable cuando todo funciona bien, pero cuando aparecen enfermedades, accidentes, guerras, etc., el materialista recurre inmediatamente a la libertad para ver cómo puede intervenir.

El materialista manifiesta que estamos determinados por las necesidades históricas, pero al mismo tiempo nos invita a la emancipación, al cambio y a la revolución. El materialista presenta siempre tesis filosóficas para los demás, pero nunca para sí mismo. Sus proyectos e ideales son inevitablemente producto de valores superiores a la naturaleza y a la historia. La posición materialista está llena de contradicciones y no permite una satisfacción intelectual (Ferry, 2006, pp. 263, 264).

Para el animal, el ambiente natural tiene sentido solamente en el contexto de su interés biológico. Comerá el alimento cuando tenga hambre o lo dejará cuando no. El animal no tiene historia ni cultura, para él todo permanece igual. El ser humano, por el contrario, trasciende la naturaleza y la historia por la libertad, la inteligencia y la voluntad, generando ideas, artes, ciencias, tecnologías y profundos cambios de organizaciones sociales, jurídicas y materiales. Estos cambios no son producto de fuerzas ciegas porque son imprevisibles. El hombre tiene la posibilidad de asumir o no asumir su propia responsabilidad y su desarrollo. Lo que significa que es consciente de sí mismo.

En la meditación tomo posesión frente a mi vida, pero no como un conocimiento puro, sino reflexiono sobre mí, sobre lo que soy o debería ser. No soy mi vida, pero si tengo la posibilidad de juzgarla es por la condición de poder meditar encima de todo juicio. (Marcel, 1949, pp. 63, 64)

El hombre se educa a sí mismo cuando reconoce y decide aplicar las normas. La ética no es criticar a los demás en primer lugar, sino asumir la propia libertad y responsabilidad.

Hans Küng afirma que no se trata de crear una nueva ideología, como las «circunstancias» o las «estructuras», para exonerar al individuo de toda culpa. El ser humano escoge entre el bien o el mal por decisión propia, lo que se llama la *conciencia moral* (Küng, 2008, p. 49).

La vida cambia por un encuentro

El encuentro con las otras personas tiene un sentido profundo en la vida. De los encuentros surge la relación entre un hombre y una mujer que deciden estar juntos mientras vivan. Estas relaciones no son producto de un análisis científico o de un cambio de estructuras, sino que se dan por una decisión libre y verdadera. La *confianza* interpersonal es la base de la certeza y de la seguridad. Se cree en la verdad de la otra persona. Cuanto más libre la decisión más profunda y duradera será la relación. La sintonía se construye por afecto, entrega mutua, fidelidad, perdón y pertenencia. Aristóteles consideraba que la pertenencia forma parte de la familia, junto con el amor. Pertenencia y amor llevan a la felicidad porque se siente pertenencia en una relación donde uno ama y sabe que también es amado(a).

Juan y Andrés fueron los primeros que se encontraron con Jesús. Andrés comenta después a su hermano Simón que han hallado al Mesías. Andrés no da explicaciones y tampoco informa sobre lo que hicieron. No hay explicaciones porque este encuentro ha transformado su pensamiento y sus emociones. Jesús es la fuente de una nueva conciencia. El encuentro tiene un sentido profundo: «Que Cristo habite en sus corazones por la *fe*, que estén arraigados y edificados en el amor» (Efesios, 3, 17). La certeza del encuentro se fundamenta en la *fe*. Juan y Andrés aprendieron a conocerse de un modo distinto por el encuentro con esta persona excepcional. Una teoría puede provocar asentimiento o negación, pero es muy distinto cuando una persona resulta ser de importancia absoluta para la vida.

La sociedad actual tiene como principios la igualdad y la libertad, pero el individualismo, o sea el egoísmo, la envidia, la violencia y la corrupción son comunes. A los dos principios esenciales les falta el fundamental: el principio del amor, entendido como buscar y hacer el bien. El ser humano culto, en el sentido profundo de la palabra, reflexiona sobre la gran dimensión de su existencia que lo lleva a interrogarse sobre el misterio de

esta. Cristo no se presenta como una utopía, un poder político, un poder militar, un hombre de negocios, etc. Cristo es el bien y el origen del bien moral. Su presencia en nuestra conciencia es fuente de amor, bien, libertad y belleza. La ética parte de un proyecto de vida de amor y no es una moral de pecados. Cristo vino a perdonar los pecados y a orientarnos hacia el bien. Él nos da la fortaleza para superar los límites de nuestras fuerzas y perdonarnos mutuamente por nuestras faltas. Gracias a Él existe un mensaje diferente al mensaje de la cultura del egoísmo y la consecuente corrupción. Entender la vida no es imponerle arbitrariamente un sentido sino recibirlo del otro. «A Dios, cuya fuerza actúa en nosotros y que puede realizar mucho más de lo que pedimos o imaginamos, a Él la gloria en la Iglesia y en Cristo Jesús por todas las generaciones y todos los tiempos» (Efesios, 3, 20). Siempre podemos dirigirnos a Él. La oración es la disponibilidad de recibirlo.

La fe crece en el encuentro, cultivada por la oración y por ser buenos unos con otros, y se vuelve pertenencia. La relación será más profunda en la medida en que sea más libre. La Escritura dice: «Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre para unirse con su esposa y los dos serán un solo ser. *Es este un misterio muy grande, pues lo refiere a Cristo y a la Iglesia*» (Efesios, 5, 31-32). San Pablo usa el matrimonio, la relación más íntima entre personas, como símbolo de nuestra relación más íntima con Dios.

En la Última Cena Cristo aclara: «Como el Padre me amó, así también los he amado Yo: permanezcan en mi amor»; «Este es mi mandamiento: que unos amen a otros como yo los he amado». Recibimos el sentido de nuestra vida. Es un don, igual al que Cristo recibió de su Padre. «No hay amor más grande que dar la vida por los amigos, y ustedes son mis amigos si cumplen lo que les mando ... Ustedes no me eligieron a mí; he sido yo quien los eligió a ustedes» (Juan, 15, 9-15). Cristo siempre nos invita. La respuesta del ser humano depende de su deseo de amor y de justicia, de la humildad y la disponibilidad para reconocerlo y vivir de acuerdo a su mandamiento. Los fariseos, saduceos y Herodes no tenían el deseo del bien.

La conciencia y los valores o virtudes

El relativismo de la posmodernidad promovido por Nietzsche (2017) trajo las filosofías del escepticismo. Hablar de verdades o de valores es quedar

en ridículo. Las virtudes pertenecen a la hipocresía del clero y de las monjas. Las virtudes son hipocresía. En el mundo intelectual existe temor de hablar sobre valores o virtudes. Las ideologías han logrado llevar las mentes de los seres humanos hacia sus intereses materiales de más dinero, más distracción y más seguridad del empleo.

Por autorreflexión podemos descubrir en nuestra conciencia la existencia de los valores, también llamada dimensión intelectual o normativa de las virtudes. Ellas tienen el mismo papel de los principios básicos para el conocimiento. La moral, las virtudes son los criterios básicos de orientación para las decisiones sobre la vida. Querer lo mejor para la vida depende de la conciencia moral. Si no existiera un fundamento común entre todos los hombres y el conocimiento moral de los principios y de las virtudes, no se hubiera podido hablar de derechos humanos universales. El deseo del bien, los valores, los ideales de la conciencia moral fundamentan y promueven la vida moral y permiten evaluar nuestras decisiones y comportamientos.

Los seres humanos tienen una experiencia de comunidad, tienen algo en común: amistad, familia, asociación, país, mundo. La autenticidad de las relaciones entre las personas es solamente posible por los valores que cultiva cada una de ellas. Los valores constituyen la posibilidad de confiar y de entenderse, de poder entregarse y de poder agradecer. Las virtudes son el amor, la justicia, la fortaleza, la templanza, la amabilidad, la lealtad, el agradecimiento, la solidaridad, la compasión, etc. Estas virtudes son solo orientaciones que la razón debe aclarar en conceptos. El ser humano tiene por esencia una vocación ética. Somos libres, pero somos -libres- con otros. Lograr un buen entendimiento con los otros no es posible sin recurrir al fundamento ético de los valores en nuestro ser.

El conjunto de virtudes en el ser humano se llama la «ley natural». No es una expresión feliz porque no es una ley, tampoco se refiere a algo biológico ni se trata de conceptos precisos, sino de *orientaciones espirituales hacia el bien*. Esta «ley natural» es el *sine qua non* de la ética. No podemos confundir los valores éticos con los valores materiales como la inteligencia, la memoria, la fuerza física, el bienestar material, etc., que no tienen ningún valor moral, como ya lo enseñaron Aristóteles y Kant. Esta «ley natural» es la ley de mi ser.

Surge entonces inevitablemente la pregunta: ¿de dónde viene la conciencia de las virtudes o valores?

El ser humano tiene un valor intrínseco porque Dios lo ha creado a su imagen (Mateo, 5, 43-48; Lucas, 6, 27-36; Génesis, 1, 26) y, como tal, ha recibido la conciencia de los valores. Tomás añadió a la lista tradicional de las virtudes la del amor. La humanidad aprendió este valor por la revelación de Dios en su Hijo. El amor es el sentido de la vida. El cumplimiento de todas las virtudes depende del amor. Solo el hombre que ama se preocupa en cumplir con todas las virtudes porque desea el bien de todos. Un hombre sin amor buscará los derechos solo cuando le convengan a él, a su grupo o a su partido. Una justicia parcializada, una justicia a favor del partido, se convierten en venganza, encarcelación y tortura de los que reclaman sus derechos. No se puede cumplir con mis derechos a costa de los demás. El amor espiritual es la voluntad de buscar y hacer el bien a todos. El amor es un principio más fundamental que la libertad y la igualdad.

En su carta a los Gálatas, San Pablo menciona vicios como fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, enemistades, contiendas, rivalidades, celos, rencores, partidismo, sectarismo, envidias, borracheras y orgías, en oposición a los «frutos del Espíritu» como amor, alegría, paz, comprensión, generosidad, bondad, lealtad, amabilidad, dominio de sí mismo (Gálatas, 5, 22). Estas cualidades nos hacen saber si el trabajo del Espíritu se está realizando en nosotros. El gran silencio sobre este mensaje en la sociedad actual hace un daño enorme a la humanidad. Nuestra capacidad de amar y dejarnos amar, para en seguida poder amar a los demás durante toda la vida, es esencial. «Como hijos amadísimos de Dios, esfuércense por imitarlo. Sigán el camino del amor, a ejemplo de Cristo, que nos amó y se entregó por nosotros» (Efesios, 5, 1).

La política y la conciencia

En los párrafos anteriores hemos hecho referencia a la «conciencia» como la fuente de los valores morales fundamentales. Los valores nos trascienden. Como imágenes de Dios hemos recibido la conciencia de estos valores. Igual que la belleza de una pintura o el encanto de una música, los valores están dados en nuestra experiencia. También en la amistad uno

siente la trascendencia de la otra persona. Los grandes valores como la verdad, el bien, la belleza, la justicia y el amor nos son trascendentes. Los encontramos en nuestra conciencia. Ellos son los criterios básicos de orientación para poder formular las normas éticas, practicarlas y ser un ejemplo de la vida buena. La conciencia es dada. La oración es el camino para llegar a Dios que nos habla en nuestra conciencia.

El Estado no nos otorga derechos porque sean inherentes a cada persona. La moral de la persona alimenta al Estado y este debe colaborar en la formulación de los derechos universales, pero la persona puede también cuestionarlo cuando no respeta los derechos humanos, sociales, económicos, políticos y religiosos, que siempre valen como normas generales de referencia para todas las acciones estatales. Sin embargo, el derecho sin ética no tiene consistencia a largo plazo. La consecución de la paz y de la justicia dependen de *una conciencia y actitud previas a las responsabilidades y obligaciones*. No se puede crear un nuevo orden mundial solo con leyes o reglamentos. En una sociedad donde las personas no buscan el bien, no hay suficientes policías para combatir la delincuencia, los jueces viven con estrés por el cúmulo de expedientes y todos los colegios necesitan psicólogos por el *bullying*.

El Estado no es la primera y principal de las comunidades, sino una organización que ha de servir a estas (matrimonio, familia, asociaciones culturales, deportivas, amistades, empresas y negocios), pero *en función del bien común*. El Estado debe servir a la dignidad del ser humano, no meter presos a los líderes de la oposición ni anular la libertad de prensa. Una mujer en Ucrania llama a su madre que vive en Moscú para informarle sobre el bombardeo de los edificios de los civiles, pero su madre le contesta que no es verdad porque ella cree en los medios que están en manos del gobierno ruso.

Sin embargo, el distanciamiento entre el orden económico, el político, el jurídico, el social y *el orden ético* está llevando a la eliminación de la idea tradicional de la justicia como fundamento de la sociedad. La justicia no es el medio para hacer el contrato, como sostenía Kant, sino que es el fin del contrato. La política es de naturaleza ética. Mientras el liberalismo define el bien en función del individualismo, el socialismo lo define como independiente de la persona. También en nombre de una igualdad mal entendida y de una tolerancia absoluta, las dos ideologías eliminan la

conciencia del bien y se impone la cultura relativista. Se considera normal la vulgaridad y se acepta la crítica fácil de la supuesta hipocresía de las virtudes tradicionales en nombre de una «sinceridad». Por eso, las instituciones del Estado, en ambas ideologías, no ofrecen un sentimiento de *pertenencia moral*. Además, faltan líderes políticos que den el buen ejemplo.

La filósofa francesa Monique Canto-Sperber afirma que las organizaciones internacionales se consideran la única voz de la moral en el mundo. Piensan que pueden formularla e imponerla a los Estados y a las personas por su poder internacional, *confundiendo lo internacional con lo universal*, según la filósofa. La moral brota de una conciencia del bien de la persona (Canto-Sperber, 1992, p. 123).

Los papas Juan XXIII, Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco consideran necesaria una reforma de la tradicional Organización de las Naciones Unidas (ONU) de acuerdo a las nuevas exigencias del actual mundo globalizado, para gobernar la economía mundial, para sanear las economías afectadas por la crisis, para prevenir su empeoramiento y mayores desequilibrios consiguientes, para lograr un oportuno desarme, la seguridad alimenticia y la paz, para la salvaguardia del ambiente y para regular los flujos migratorios. Se necesita una mayor solidaridad de desarrollo de todos los pueblos.

La necesidad de la vida ejemplar de los políticos

Enseñar una teoría de ética no es suficiente para lograr un comportamiento ético, según Aristóteles. Se necesita también el buen ejemplo. En la historia encontramos la reflexión sobre la importancia del ejemplo de Cristo en el Nuevo Testamento para el logro de la conversión o cambio de vida de los cristianos. En la filosofía de Aristóteles encontramos la importancia del ejemplo de los líderes para su credibilidad personal y para la aceptación de su política. Hasta el siglo XVIII se ha mantenido este criterio de la ejemplaridad personal, pero el predominio de la razón en la época de la Ilustración hizo desaparecer la teoría del ejemplo y de la imitación. A partir de esa fecha la ley abstracta reemplaza al ejemplo de las autoridades políticas. Kant, filósofo ilustre de la modernidad, contribuyó mucho a esta tendencia al negar la importancia de las emociones. Su prioridad absoluta de la razón

influyó de manera determinante en convertir el cristianismo en una fe para aprender verdades.

La situación actual tampoco es propicia para ejemplos de ética. Señalamos los diferentes motivos. La ideología moderna materialista no acepta admirar a personas por sus valores. Figuras ideales como Confucio, Buda, Gandhi, Cristo y Homero, fundadores de culturas, no son reconocidas como antes. Las redes y los medios promueven a los cantantes y astros de Hollywood, quienes –en general– no son ejemplos de valores. La gente admira figuras que destacan, pero por su calidad profesional excepcional, por ejemplo, Messi. La corrupción en la política también hace dudar al pueblo de su sentido y es error de los políticos pensar que el único problema es el económico. Por eso crece la indiferencia por la política y existe un descontento o cansancio de la vida para poder cumplir con valores y normas. Las autoridades han perdido la potestad para señalar sus deberes al ciudadano. El miedo a las sanciones por transgredir las leyes no es suficiente para resolver el problema. Tampoco la crítica contra la corrupción lo resuelve.

El filósofo español Javier Gomá tiene el mérito excepcional de actualizar la reflexión filosófica sobre la ejemplaridad de los políticos. Todos somos ejemplos para todos porque el «yo» vive en un entorno de influencias mutuas a las que es imposible sustraerse. Vivimos, nos movemos y existimos entre ejemplos. Todos somos ejemplos para el bien o para el mal. El ejemplo añade a la razón una fuerza atractiva, a diferencia de la coerción abstracta de la razón. Las pasiones aportan una gran motivación. Los ejemplos tienen una gran influencia en el ánimo y en el corazón. «Las leyes coaccionan a los ciudadanos y los ejemplos entran en el corazón y lo transforman» (Gomá, 2009, p. 227). Las autoridades que se sacrifican transmiten un mensaje emocional. Los políticos deben gobernar de dos maneras: produciendo leyes y produciendo costumbres. Una cosa es lo que ordenan (coacción) y otra lo que ellos son (ejemplos). La virtud de los gobernantes es esencial, pues «la naturaleza misma nos impulsa a amar a quienes creemos que están adornados de estas virtudes» (Cicerón). Los vicios de los políticos, su egoísmo y corrupción tienen una consecuencia negativa a nivel nacional. Surge un descontento general y el gobierno pierde la potestad de ordenar. Malos ejemplos traen malas imitaciones. Un taxista me dijo: «Si ellos pueden robar, ¿por qué yo no?». Platón afirmaba que los políticos, en sus campañas

electorales, ofrecen resolver los problemas del pueblo, pero una vez que llegan al gobierno se olvidan y se dedican a enriquecerse. Además, los líderes nacionales no tienen vergüenza de su corrupción.

No se puede separar la ética pública de la ética privada, porque las dos dependen de la decisión interior del individuo. El descontento no se puede resolver sin una reforma de la vida privada. La conciencia cristiana es una conciencia que en cada situación consulta la norma viva de Cristo para preguntarse lo que debe hacer y recibe la fuerza para cumplirlo. La vida cristiana es el seguimiento o la imitación del ejemplo de Cristo.

El Estado moderno y la familia

La Modernidad separó la vida privada de la pública. El hombre debe deshacerse de las tareas domésticas y del trabajo para dedicarse a la gloria y la excelencia de la elevada política. Sin embargo, la virtud no exige el menosprecio de casa y oficio sino, por el contrario, abrazar ambas instituciones. En la familia se aprende el ejemplo de la virtud de la justicia, dar a cada uno lo suyo, y así se puede asumir la ejemplaridad pública.

A continuación, citaremos a dos filósofos actuales, ateos, y al Concilio Vaticano II. En primer lugar, el alemán Axel Honneth define el sentido de la familia para la política de la siguiente manera:

El liberalismo político, cuyos principios marcan hoy la normativa de nuestras sociedades, dejó siempre al margen toda la esfera material y de la crianza de los hijos. Sin embargo, si se tiene en claro cuánto es lo que depende, en una comunidad democrática, de que sus miembros sean capacitados para un individualismo cooperativo, no se podrá poner en duda el significado político-moral de la esfera familiar, puesto que las condiciones psíquicas para casi todas las actitudes que el individuo debe tener, en virtud de sus competencias y sus habilidades, *para interceder por los asuntos de la comunidad mayor*, amén de todos sus vínculos con comunidades particulares, se crean dentro de familias intactas, confiables e igualitarias. [Él señala que] los gobiernos deberían prestar mayor atención a las condiciones socioeconómicas que

permiten arraigar y florecer a las familias: trabajo estable, tiempo disponible para interactuar con los hijos y suficientes márgenes de acción para distribuir las obligaciones durante la vida familiar. También enfermedad, jubilación y desempleo surgen a partir del trabajo reenumerado, aunque el tiempo que se pasa con los hijos no se contabiliza. Esta discriminación, que perjudica la dedicación a estos, requiere una reforma fundamental del sistema de seguridad social. (Honneth, 2014, p. 229)

En segundo lugar, el filósofo francés Luc Ferry comprueba que, gracias a la deconstrucción de la razón realizada por Nietzsche (2017), hemos descubierto el sentido del amor y de la familia que trasciende a las grandes conquistas de la Modernidad:

La razón, los derechos, la nación (la derecha) y la revolución (la izquierda). El amor es la búsqueda y práctica del bien, se manifiesta en la vida privada, pero significará también un cambio en la vida política y debe llevarnos a entender la política de una manera diferente. El amor se inicia en el matrimonio y se prolonga por refracción en los planos público y político. El fundamento de la política para buscar el bien común ya no es la nación o la revolución, sino la relación con el otro. *¿Qué mundo vamos a dejar a los que amamos, a nuestros hijos, en general a todos los que vienen? Estamos entrando en una nueva era de humanismo.* Por primera vez no se exigen sacrificios mortales masivos para la nación o para la revolución. No estamos viendo el fin de la política, sino una nueva figura de lo sagrado del otro, simbolizado en el modelo del matrimonio por amor y expresado en la preocupación por las generaciones futuras. (Ferry, 2009, p. 139)

Ambos filósofos indican que la capacitación político-moral se realiza en las familias y que esta educación es fundamental para el buen funcionamiento del Estado. Este tiene, a su vez, una responsabilidad de apoyo a la familia.

En *Gaudium et Spes*, la única constitución pastoral del Concilio Vaticano II, podemos leer: «La familia constituye el fundamento de la sociedad ... El poder civil ha de considerar obligación suya sagrada, reconocer la

verdadera naturaleza del matrimonio y de la familia, protegerla y ayudarla, *asegurar la moralidad pública* y favorecer la prosperidad doméstica» (Concilio Vaticano II, 1972, p. 52). Un joven educado adecuadamente en el seno familiar es un buen ciudadano que cumple las leyes y las normas.

Los jóvenes que no conocen familia, que no pertenecen a una iglesia o a un club, que pasan su tiempo en la calle y consumen licor o drogas son los posibles delincuentes y, en caso extremo, son los sicarios de la criminalidad. El asalto y el robo son permanentes. Ya existen barrios sin presencia de la ley. Cuando los vecinos hacen una denuncia en la comisaría, la policía contesta: «Vives en un barrio de robo». En Río de Janeiro los delincuentes matan 133 policías al año. No hay pertenencia porque nadie se siente obligado con nadie. Es evidente que necesitamos un Ministerio de la Familia.

El matrimonio y la familia

Un problema muy urgente en el mundo actual es la amenaza contra el matrimonio y la familia con el poderoso mensaje materialista de la ideología tecnológica que ha eliminado todas las culturas y ha logrado construir un ser humano homogéneo, materialista, sin conciencia de los verdaderos valores que unen a las personas. Se entiende tolerancia como no tener una convicción propia.

El Espíritu que infunde el Padre renueva nuestro corazón y hace al varón y a la mujer capaces de amar como Cristo nos amó:

En su unión de amor los esposos experimentan la belleza de la paternidad y de la maternidad; comparten proyectos y fatigas, deseos y aficiones, aprenden a cuidarse el uno al otro y a perdonarse mutuamente. En este amor celebran sus momentos felices y se apoyan en los períodos difíciles de su historia de vida ... la belleza del don recíproco y gratuito, la alegría de la vida por la vida que nace y el cuidado amoroso de sus miembros, desde los pequeños a los ancianos, son solo algunos de los frutos que hacen única e insustituible la respuesta a la vocación de la familia, tanto para la Iglesia como para la sociedad. (Papa Francisco, s. f.)

Trescientos años antes de Cristo, el filósofo Aristóteles decía que el matrimonio es agradable cuando marido y esposa son ecuanímenes y tienen dignidad (Aristóteles, 2009: VIII, 12). Dignidad significa la práctica de las virtudes o valores. La actitud del amor traerá todas las otras virtudes: dar a cada uno lo suyo (justicia), aprender a luchar en la vida (fortaleza) y saber controlar deseos y pasiones (templanza). Los motivos del interés mutuo son la pertenencia y el amor familiar.

Los padres aman a los hijos y estos aman a sus padres. Los padres les enseñan cómo deben vivir y comportarse con otras personas. El amor de los padres por los hijos no se manifestará mediante decretos y comunicados, sino por el afecto y el ejemplo entre varón y mujer. Siempre somos ejemplos, para el bien o para el mal. Las orientaciones de los padres son el modelo que servirá a los hijos para lograr también ellos un buen matrimonio. Por el testimonio de amor entre los padres y de los padres a los hijos la persona aprende a valorar la vida, la libertad, la paz, la justicia, el respeto, la lealtad y el agradecimiento. Aprende a controlar emociones de egoísmo, envidia, odio, resentimiento, narcisismo, o vicios como el alcoholismo y las drogas. El amor que mutuamente se da y se recibe en la familia crea la *pertenencia*. Esta experiencia es solo posible dentro del seno familiar.

Todos los documentos de los papas y del Concilio manifiestan que la persona humana tiene una innata y estructural dimensión social, y que el matrimonio y la familia son *el fundamento de la sociedad* como instancia primera y decisiva. La preocupación por la familia no se da solo en la Iglesia católica, sino también en otras iglesias y en filosofías del ateísmo. La educación en la comunión familiar es un servicio indispensable para la sociedad, de manera que los hijos se incorporen a ella como ciudadanos honestos, dedicados al estudio, comprometidos con su trabajo, respetuosos de las leyes, promotores del bien, de los derechos humanos y de la dignidad de todos. Cumplirán con el mensaje evangélico del amor en su trabajo y en la política.

El profesor y la familia

Analicemos el tema de los escolares que al final de sus estudios no han adquirido la cultura de la lectura, que tienen dificultades para entender lo que leen y que no saben escribir correctamente. La enseñanza sufre mucho

por la falta de educación antes de entrar en la escuela. Las causas se pueden atribuir a las familias donde marido y mujer trabajan, a los padres que no se dedican a sus hijos porque la vida lujosa no les da tiempo, a la pareja de mentalidad posmoderna que considera que los hijos son autónomos, y a los divorcios y separaciones mal conducidos debido al machismo y que prescinden de la educación. Una de las consecuencias la constituyen las madres solteras abandonadas con los hijos. Para facilitar su vida, muchos padres engrían excesivamente a sus hijos, presionados por el ambiente en contra de los valores. Los hijos engréidos terminan siendo personas agresivas porque no se controlan a sí mismas. El profesor no puede dictar la clase porque no consigue poner orden en el aula. Está sometido a un fuerte estrés y se vuelve indiferente o necesita apoyo psicológico. Los padres les dan la razón a los hijos en contra del profesor. ¡Este debería aceptar las reacciones espontáneas de juegos, gritos y peleas en el aula! Hay países donde los padres pueden exigir al maestro que apruebe a sus hijos desaprobados y en esos lugares han empezado a faltar profesores para satisfacer la demanda porque hay un creciente rechazo a esta profesión. Los reclamos sindicales de los docentes no deberían ser solo por el aumento del sueldo. En Europa hay miles de vacantes para profesores.

Todos los psiquiatras o psicoanalistas coinciden en que los niños necesitan recibir un amor que les permita adquirir una *estima de sí mismos* en su madurez; es decir, la capacidad de hacer frente a los problemas que se les presentarán en su vida. Esta norma es la prioritaria y reemplaza al autoritarismo y a la educación basada solo en la obediencia de reglas inflexibles. No es posible educar a nadie sino desde el afecto y el compromiso con el otro. La autonomía de la familia no puede ser reemplazada por el Estado. No hay comparación entre una educación familiar afectiva de años y una comunicación racional con un profesor que cambia de alumnos en cada ciclo de estudios. En segundo lugar, los niños necesitan aprender la obediencia. Como dice el filósofo Luc Ferry, la ley no se discute, no se negocia, según el principio de que nuestro «no» debe ser «no» y el «sí» debe ser «sí». Sin obediencia, los niños no respetarán al profesor en el aula ni a sus compañeros. Los padres transmiten las normas no solo por la razón, sino también por la relación emocional de su ejemplo. Las normas son un bien y las pueden aprender en familia por el mensaje afectivo del sacrificio de los padres. Estos

invierten mucho dinero en las necesidades de los hijos en lugar de satisfacer sus propias comodidades. El apoyo de las emociones a la teoría es decisivo para lograr la maduración de los hijos.

Es importante que los padres mantengan un diálogo con sus hijos, sobre todo con los más pequeños porque en la escuela escuchan cosas diferentes de sus nuevos amigos, pero no poseen los criterios para saber quién tiene la razón: sus amigos o sus padres. Los hijos deben estar preparados para enfrentar la gran diversidad de problemas que hallarán a lo largo de su vida. Los padres educan y los docentes enseñan. Los padres no deben hacer reclamos al profesor sobre las notas o calificaciones.

Los gobiernos tienen la culpa principal por haber eliminado de los planes de estudio los temas de ética, de educación civil y de familia. La nueva tendencia es la declaración democrática de la familia, pero confunde educación con enseñanza. Los padres ya no tienen autoridad sobre sus hijos. En otras palabras, ya no pueden educar. Los jóvenes del futuro serán ciudadanos individualistas y muy problemáticos. Como de costumbre, se va de un extremo a otro.

Muchos jóvenes dedican una gran parte de su tiempo a la diversión porque no creen en el mundo de los adultos. No conocen los nombres de los ministros, pero sí de los cantantes. Los jóvenes no encuentran adultos en quienes confiar por la gran corrupción a los más altos niveles, por los padres machistas que abandonan con gran facilidad a sus esposas y por la falta total de afecto para los hijos. Esta problemática refleja la carencia de ética. Responsabilidad, perseverancia, solidaridad, autonomía y respeto empiezan en la familia y en los primeros años de estudio. «No es, pues, de poca importancia contraer desde la infancia y lo más pronto posible tales o cuales hábitos; por el contrario, es este un punto de muchísimo interés, o por mejor decir, es el todo» (Aristóteles, 2004: II, 1).

La educación es por afecto, ejemplos y órdenes

Según Aristóteles, la definición de lo «bueno» o lo «malo» se adquiere en primer lugar por el bagaje cultural que uno recibe en la familia (afecto, ejemplos y órdenes de los padres) y en la sociedad (las leyes). Manuel

González Prada afirmaba: «Algunos pretenden redimir a la humanidad sin haber logrado catequizar a su familia, olvidando que antes de pronunciar discursos y de escribir libros, se necesita hablar la más elocuente de las lenguas, el ejemplo» (González Prada, 2006, p. 73).

Los psicoanalistas Fernando Maestre y Alberto Péndola (2001) observan que las familias y los colegios no son el único factor para la pérdida de valores: tienen también mucha culpa los líderes políticos.

De acuerdo a Aristóteles, una de las características principales de los humanos es nuestra capacidad de imitación, ya que la mayoría de nuestros comportamientos y de nuestros gustos los copiamos de los demás (como se citó en Savater, 2004). En todo lo que llamamos «civilización», «cultura» hay un poco de invención y muchísimo de imitación. Si no fuésemos tan copiones, constantemente cada ser humano debería empezar desde cero. Sin embargo, como señala Savater (2004), la educación no solo incluye el afecto, el ejemplo y la imitación; también supone órdenes. La educación es el arma de censura por excelencia. Él dice de manera cruda: «Hoy estamos en el ambiente de la familia donde los hijos fornican como conejos, beben como cosacos y los padres ... como si vieran llover». Por esta razón Savater concluye:

Siempre me han parecido fastidiosos esos padres empeñados en ser 'el mejor amigo de sus hijos'. Los chicos debéis tener amigos de vuestra edad ... Ya sabes, los que siempre están con que 'los jóvenes sois cojonudos', 'me siento tan joven como vosotros' y chorradas por el estilo. ¡Ojo con ellos! ... Un padre o un profesor como es debido tienen que ser algo cargantes o no sirven para nada. Para joven ya estás tú. (Savater, 2004, p. 12)

Al respecto, la opinión del filósofo peruano Francisco Miró-Quesada (2010):

Como siempre, se puede hacer objeciones casuísticas tan tontas como triviales. Por ejemplo, si la liberación es la meta, entonces los padres no deben castigar a sus hijos porque los están oprimiendo. Pero no es así. Lo que sí debe exigirse de los padres

es que los castigos no sean corporales ni demasiado severos. Pero es imposible educar a un niño como ser humano libre, capaz de luchar por su liberación propia y la de los demás, si no se le hace comprender que no es el centro del mundo y que la sola condición humana es el más alto de todos los valores. Para lograr este fin, la madre o el padre tendrán, algunas veces, que castigar al hijo. (p. 334)

La falta de disciplina en la educación se refleja en los colegios. Como se ha señalado anteriormente, en la Unión Europea hay miles de vacantes para la docencia en cada país. Estamos en una situación opuesta a la educación tradicional donde hubo una exageración de normas impuestas que debilitó la personalidad de los niños y de los jóvenes. No se sentían seguros y adquirirían una imagen negativa de sí mismos. Pensaban siempre en sus errores y se imaginaban que los demás los estaban observando y criticando. *Los otros serían mejores*. Desarrollaban una conciencia exclusiva de culpabilidad. Por eso, lo principal en la familia es el afecto, padres que aman a sus hijos e hijos que aman a sus padres. El afecto ayuda a entender el sentido de las órdenes. Los niños que llegan al mundo son bienvenidos por sus padres, se sienten acogidos y reciben la confianza de su existencia. En cuanto su edad avanza la educación consiste en promover su libertad y en aprender a manejarla.

La educación de las virtudes en la familia es el único método para superar la corrupción en la sociedad

Uno puede obligar a cumplir las normas y sancionar su incumplimiento, pero esto no es suficiente. Uno puede recomendar valores, pero esto suele quedarse en palabras. Algunos piensan que la voluntad de cumplirlos es suficiente. ¿Acaso la llamada autonomía de la voluntad podrá sola imponerse a las presiones del entorno? Si la regla me obliga a escoger algo que no me gusta, sentiré muy poca motivación para cumplirla. Además, no tendré tiempo en general para definir mi comportamiento basado en una regla porque no tengo la predisposición de la virtud o la costumbre de buscar el bien. No se puede confiar en una persona que actúa solo por deber, ya que no tiene convicción y fácilmente puede cambiar de opinión. En una relación de amor no se espera que la otra persona busque cumplir algunas normas, sino que lo haga por amor.

Muchos consideran que la ética de las virtudes es el mejor método de educación: no solamente indica cómo se debe vivir, sino que ayuda a aprender a vivir. Las virtudes deben ser aprendidas y practicadas. Son productos de formación y de ejercicio. Se reflexiona sobre el bien de cada una y cómo adquirirla. «Adquirimos las virtudes ejercitándonos primero en ellas, como pasa también en las artes y en los oficios. Todo lo que hemos de hacer después de haberlo aprendido lo aprendemos haciéndolo; como, por ejemplo, llegamos a ser arquitectos construyendo, y citaristas tañendo la cítara» (Aristóteles, 2004, II, I). El requisito está en desarrollar las buenas costumbres en la persona.

La educación moral no consiste en publicar o imponer normas porque a veces uno no sabe aplicarlas. Los padres acompañan a sus hijos en sus comportamientos y pensamientos con afecto, apoyo, consejo, y también con crítica y sanción cuando son necesarias. Se trata de educar el conocimiento práctico y aprender a evaluar todos los elementos de las situaciones para poder tomar la decisión adecuada. No se trata de un cálculo, sino de una evaluación para lograr el mejor bien para el ser humano. Las normas son importantes, pero no aparecen por casualidad. Se necesita formar el carácter por experiencia. El *afecto* y el *ejemplo* son el camino preferencial para adquirir la ética. «Las leyes coaccionan a los ciudadanos y los ejemplos entran en el corazón y lo reforman» (Gomá, 2009, p. 227). Ver personas que muestran dignidad por su respeto a los valores y por sus logros y sacrificios crea el deseo de imitarlas y, de esta manera, respetarnos a nosotros mismos.

La educación en virtudes materiales es indispensable para todas las profesiones, pero las virtudes espirituales o morales lo son para el comportamiento de los seres humanos. Las virtudes llegan a formar parte de la vida interior de las personas. Debe existir una educación en la cual se aprende a distinguir entre los diferentes elementos de una situación y cómo se debe aplicar la regla. Se trata de la virtud intelectual denominada prudencia o conocimiento práctico, que busca aplicar las virtudes morales o los ideales dentro de la complejidad de la vida. La prudencia dirige las acciones del ser humano. Aristóteles logró entender y enseñar que el *hacer* es lo mejor para el *ser* de la persona. La persona virtuosa sabe cómo debe actuar en cada circunstancia concreta. Aristóteles insiste en que solo mediante una educación específica puede el ser humano desarrollar esta

experiencia. La persona aprende a fijar el sentido de su vida y aprende a tomar decisiones sobre las situaciones prácticas a partir de los fines o valores. Esta experiencia incluye el acto, la emoción, el deseo y la esperanza juntos. «La virtud es la cualidad que le permite a uno vivir de una manera excelente» (Aristóteles, 2004, II, I).

Haz el bien

El filósofo Peter Sloterdijk titula uno de sus libros con la frase «Haz el cambio» porque la ciencia y la tecnología cambian a cada instante. Con los valores no ocurre lo mismo.

«No sigan la corriente del mundo en que vivimos, sino más bien transfórmense a partir de una renovación interior» (Romanos, 12, 2). El misterio de Dios se presenta como un misterio de amor. El Evangelio nos invita a seguir el ejemplo de Cristo como la imagen del hombre nuevo. La vida del cristiano parte de una ética de amar; es decir, buscar y hacer el bien. «Lo que somos es obra de Dios: hemos sido creados en Cristo Jesús con miras a las buenas obras que Dios dispuso de antemano para que nos ocupemos en ellas» (Efesios, 2, 10). «Así sabrán distinguir cuál es la voluntad de Dios, lo que es bueno, lo que le agrada, lo que es perfecto» (Romanos, 12, 2). «Una cosa es cierta, y en ella debes insistir: los que creen en Dios han de destacarse en el bien que puedan hacer» (Tito, 3, 8). «Que cada uno busque lo que agrada a su prójimo, ayudándole a crecer en el bien» (Romanos, 15, 2). «Por su parte, hermanos, no se cansen de hacer el bien (II Tesalonicenses, 3, 13). Luchamos porque amamos. «Así, pues, hagamos el bien sin desanimarnos que a su debido tiempo cosecharemos si somos constantes. Por consiguiente, mientras tengamos oportunidad, hagamos el bien a todos, y especialmente a los de casa, que son nuestros hermanos en la fe» (Gálatas, 6, 9-10). «Todos saben que ustedes están muy abiertos a la fe, y eso me alegra, pero quiero que sean ingeniosos para el bien y firmes contra el mal» (Romanos, 16, 19). «Que practiquen el bien, que se hagan ricos en buenas obras, que den de buen corazón, que sepan compartir» (I Timoteo, 6, 18). «Dios no envió el Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que se salve el mundo gracias a Él» (Juan, 3, 17). Las personas que buscan el bien establecen vínculos fuertes. «No hay amor más grande que dar la vida por los amigos» (Juan, 15, 13). No

buscamos una utopía, sino que «sean perfectos como es perfecto el Padre de ustedes que está en el cielo» (Mateo, 5, 43-48).

La revelación no es en primer lugar la profecía, sino Cristo que se da a conocer en la intimidad de la persona como el amor que da sentido a la existencia. El nuevo mandamiento del amor que Cristo anuncia en la Última Cena es una ley interna que el Espíritu Santo infunde en nosotros. La fe es el reconocimiento de la invitación de Cristo en nuestra conciencia. Aceptar esta invitación produce una conversión del pensamiento que nos lleva a actuar de una manera distinta. San Pablo felicita a las comunidades que se convirtieron. «Pero Dios que es rico en misericordia: ¡con qué amor tan inmenso nos amó! Estábamos muertos por nuestras faltas y nos hizo revivir con Cristo. ¡Por pura gracia ustedes han sido salvados! Con Cristo Jesús y en Él nos resucitó y nos sentó en la morada celestial» (Efesios, 2, 4-69). «Y si Dios empezó tan buen trabajo en ustedes, estoy seguro de que lo continuará hasta concluir el día de Cristo Jesús. Estén siempre alegres en el Señor; se los repito, estén alegres y tengan buen rato con todos» (Filipenses, 1, 6 y 4, 4).

Una antropología del bien

Existe en el ser humano la preocupación por lo perfecto. Iris Murdoch, novelista y filósofa irlandesa, hace referencia al arte:

A nadie le agrada un comportamiento ético mediocre como tampoco una pintura mediocre. No nos gusta que nos paguen la mitad de la deuda, que haya mucha diferencia entre los sueldos, que unos tengan trabajo y otros no, que la persona querida nos abandone, etc. No podemos definir claramente lo que es el bien, pero lo buscamos siempre. Admiramos a Shakespeare, a Van Gogh, a Beethoven y a tantos grandes del arte porque son mejores, son los buenos. El bien está siempre presente como algo que nos obliga a buscar lo mejor. El bien tiene autoridad porque nos hace ver la realidad. El bien es trascendente. El bien debe estar en el centro de nuestro pensamiento. La voluntad es energía para realizar un fin valioso. (Murdoch, 1969, pp. 49-55)

Murdoch cita al evangelio: «Sean ustedes perfectos como es perfecto el padre de ustedes que está en el cielo» (Mateo, 5, 48). Ella dice que algunos psicólogos nos advierten de que exigencias muy altas nos pueden producir neurosis. Sin embargo, tenemos que entenderlo en relación con la idea del amor. La idea de perfección nos toca y nos cambia porque nos hace amar lo mejor en nosotros.

No es correcto describirnos como seres inferiores, como se ha hecho y se sigue haciendo. La malignización de lo bueno. Por ejemplo, las novelas negras, el día de Halloween, drogarse, prefieren el mal sobre el bien, consideran lo feo como lo bonito, etc. Hay otras visiones posibles sobre el ser humano, así como otras experiencias. Todo depende de las vivencias de cada persona y de la imagen que la cultura nos presenta. El problema surge porque el ser humano es un ser moral o tiene una experiencia moral. La reflexión filosófica viene después, no viene de la nada. La reflexión filosófica tiene unos presupuestos, los primeros principios prácticos, pero también unos presupuestos de la experiencia. Para una persona cuya experiencia familiar social es negativa, sin valores, sus argumentos racionales serán relativos (Rodríguez Luño, 2010, p. 52). La reflexión ética sobre la experiencia moral demuestra que ciertos tipos de vida son mejores que otros. La comparación entre diferentes vidas confirma que tenemos la experiencia que nos permite establecer un número de criterios para ordenar los afectos y actividades sin necesidad de referirnos a una metafísica del bien. Una cosa es el bien global al que mira la metafísica y otra es la norma inmediata del comportamiento. La vida de un asaltante es distinta de la vida de una persona que respeta los valores. Los actos de violencia, asesinatos, extorsiones, etc. son evidentes. No se puede dudar al respecto. El hombre con sentido común no tiene duda sobre a dónde va lo bueno y lo justo. Igualmente sabe distinguir cinismo, crueldad e indiferencia. Hay muchas evidencias sobre el buen y el mal comportamiento.

Savater (2004, p. 84) considera que «ser humano consiste en tener buenas relaciones con otros». Poseer las cosas te permite relacionarte más favorablemente, a condición de que estas no se consigan a costa de los demás. La humanización es un proceso recíproco. Si para mí todos son como bestias, yo no seré mejor que una cosa o una bestia. No conseguiré ni

amistad, ni respeto, ni mucho menos amor. Por eso darse la buena vida no puede ser algo distinto a fin de cuentas de dar la buena vida.

Para concluir estas reflexiones volvemos a la pregunta de Aristóteles (2012) sobre qué tipo de vida es el más deseable. Hay tres clases de bienes: los externos, los del cuerpo y los del alma. Existe una discusión sobre la cantidad excepto para la riqueza, el dinero, la gloria y el poder que no deberían tener límites.

Aristóteles (2012) consideraconsidera fácil refutar este pensamiento. Los bienes externos tienen un límite y su exceso perjudica o no sirve para nada a quienes los tienen. Debemos admitir que hay una relación de superioridad entre las cosas; el alma es más valiosa que el cuerpo y la fortuna; gracias a ella los bienes son deseables por todas las personas sensatas, pero no gracias a los bienes externos el alma.

Cada uno de los bienes relativos al alma, cuanto más abundante tanto más útil es, si debemos atribuirles no solo la belleza, sino también la utilidad ... Una ciudad no estará feliz cuando no existe obra buena de varón ni de ciudad sin intervención de la virtud y la inteligencia. (Aristóteles, 2012: VII, I)

La oración

Se trata de la actividad humana más importante porque es la conversación con Dios. En la tradición dominicana la oración es concebida como un acto de amistad, hablamos a Dios como a un amigo. «Ya no los llamo servidores, porque un servidor no sabe lo que hace su patrón. Los llamo amigos, porque les he dado todo lo que aprendí de mi Padre» (Juan, 15, 15). La oración es una petición para amar. Por el amor buscamos lo verdadero, lo noble y lo justo. «Es necesario siempre orar», dijo Jesús.

Todos somos llamados libremente. Dios quiere dar a conocer su salvación a la humanidad por una invitación libre. Vemos y vivimos el mundo, pero necesitamos conocer la voluntad de Dios y por eso orar es callarse y escuchar. La oración íntima busca recibir la fuerza del contacto del amor de Dios en uno. Se deja entrar a Dios en uno mismo. Aceptamos que hemos

recibido nuestra vida de Él. Él es la perfección y la belleza. El fin de la vida cristiana es la búsqueda de la vida con nuestro Padre. «Bendeciré al Señor en todo tiempo, no cesará mi boca de alabarlo. Mi alma se gloria en el Señor: que oigan los humildes y que se alegren» (Salmo 34).

Necesitamos hablar con Dios de nuestras realizaciones, de nuestros fracasos, de nuestros problemas, de las injusticias y de las habladurías. Las fuerzas saldrán de esta oración íntima que solo piensa en Dios. Mediante la conversación de corazón a corazón con Dios nos vienen buenas ideas, intenciones puras, la fortaleza para seguir adelante. Podemos comprobar qué pasa con nosotros y con los otros de la misma fe cuando escuchamos y participamos en la vida con Dios. La «escucha» refuerza el sentido espiritual de nuestra vida. Él cambia nuestra vida, nuestros pensamientos y actitudes. Es fácil distinguir a las personas que buscan y practican el bien de aquellas que viven dañando a los demás. De esta manera, Dios se manifiesta como salvación, se manifiesta por amor y amistad. La razón reflexiona con más seriedad sobre el sentido de la vida, sobre nuestra responsabilidad y sobre nuestra solidaridad. Dios quiere nuestra respuesta. Debemos tener también la voluntad que nos obliga a orar y nos lleva a cumplir con los prójimos. Nos protege contra la autosuficiencia superflua, la soberbia, la arrogancia, la envidia y el egoísmo.

El encuentro con Dios es también el origen de la meditación. La meditación es la reflexión sobre la propia vida para conocerse mejor. Por el examen de conciencia reconocemos nuestros límites, errores y pecados, y pedimos que nos vuelva a abrazar. «Un sacrificio no te gustaría, no querrás, si te ofrezco, un holocausto. Mi espíritu quebrantado a Dios ofreceré, pues no desdeñas a un corazón contrito» (Salmo 51).

La oración como petición es una práctica muy común. En primer lugar, es el pedido a nuestro Padre para que nos oriente en pensamientos y actitudes frente a todas las situaciones y personas que se nos presentan. En segundo lugar, hay mucho por pedir, pero siempre debe estar relacionado con el bien de todos: salud, trabajo, dinero para las deudas, paciencia, éxitos en los estudios y en los negocios, etc. También debemos agradecer por todo lo que hemos recibido y por todo lo que hemos podido hacer.

Referencias

- Aristóteles. (2004). *Ética Nicomáquea*. Losada.
- Aristóteles. (2009). *Ética a Nicómaco*. Tecnos.
- Aristóteles. (2012). *Política*. Alianza Editores.
- Canto-Sperber, M. (1992). *La philosophie morale*. Salvator.
- Canto-Sperber, M. (1995). *La morale du monde*. Presses Universitaires de France.
- Concilio Vaticano II. (1972). *Gaudium et Spes*. Biblioteca de Autores Cristianos.
- Dahrendorf, R. (2006). *El recomienzo de la historia*. Katz.
- Ferry, L. (2006). *Apprendre à vivre*. Plon.
- Ferry, L. (2009). *Face à la crise*. Odile Jacob.
- Gistain, M. (2020, 1 de agosto). Antología de menciones a Orwell. *Letras Libres*. <https://letraslibres.com/revista/antologia-de-menciones-a-orwell-en-letras-libres/>
- Giussani, L. (1987). *El sentido religioso*. Encuentro.
- Gomá, J. (2009). *Ejemplaridad pública*. Santillana.
- González-Prada, M. (2006). *Horas de lucha*. Peisa.
- Honneth, A. (2014). *El derecho de la libertad*. Katz.
- Küng, H. (2006). *Ciencia y ética mundial*. Trotta.
- Küng, H. (2008). *Ética mundial en América Latina*. Trotta.
- Maalouf, A. (2019). *El naufragio de las civilizaciones*. Alianza Editorial.
- Maestre, F. y Péndola, A. (2001). *Corrupción, un estudio psicoanalítico*. Universidad de San Martín de Porres.
- Marcel, G. (1949). *Position et Approches Concrètes du Mystère Ontologique*. Vrin.
- Miró-Quesada, F. (2010). *Proyecto y realización del filosofar latinoamericano*. Tierra firme.
- Murdoch, I. (1969). *On "God" and "Good"*. Chatto & Windus.
- Nietzsche, F. (2017). *La genealogía de la moral*. Alianza Editorial.
- Papa Francisco. (s. f.). *Amoris Laetitia*, n. 88.
- Rodríguez, Á. (2018). *Ética general*. Eunsa.
- Savater, F. (2004). *Ética para Amador*. Ariel.
- Sloterdijk, P. (2010). *Die nehmende Hand und die gebende Seite*. Surkamp.